

TABARÉ, EL GRAN POEMA ÉPICO DE AMERICA

Por Juan Jacobo de Lara



ÚN hoy, casi un siglo después de su publicación, sigue siendo el poema “Tabaré” el más grande poema épico de la América Hispana. Podemos muy bien preguntarnos: ¿Y qué es Tabaré? Y habrá que confesar que Tabaré lo es todo: es poesía lírica, es poesía romántica, es leyenda y es historia, es un estudio morfológico, es un ensayo sociológico, etnológico, es ciencia y también es música —es, en resumen, un monumento literario.

Sentimos hoy, al leer a Tabaré, el mismo placer que sentimos al leerlo por primera vez (en nuestra adolescencia ya lejana) y que sintieron las generaciones anteriores. Tabaré embriaga a la juventud adolescente con su lirismo y su romance, y nos inspira y entusiasma a todos como “poema admirable por su constante invención de imágenes y su gracia musical, que, sin estorbar el fácil fluir de la narración, realzan la riqueza de emociones y de sentimientos.” (P.H.Ureña).

Su autor, el uruguayo Juan Zorrilla de San Martín, nació en 1857. Pasó sus años más jóvenes en Chile, donde cursó estudios. A su regreso al Uruguay escribió versos del estilo romántico de la época y entró en la vida pública y política de su país. Todavía bien joven, en 1886, publicó Tabaré.

A pesar de sus cortos años, Zorrilla de San Martín había conocido ya, cuando escribió su obra cumbre, los diversos crisoles de toda una carrera poética. Se había iniciado en la

escuela romántica de Bécquer, con musicalidad en sus versos y con insinuaciones de simbolismos. Fue su obra de juventud adolescente. Pronto el romántico cedió el puesto al patriota. Ya no canta el poeta al amor sino a la patria. En 1879 publica su "Leyenda Patria" como un himno de libertad conmemorando la independencia uruguaya. Fue la obra madura que revela maestría y que acabó de consagrarle como una figura poética de talla en su país. Pero aún avanzó más en su ciclo evolutivo, y entonces publicó Tabaré, y se consagró como el poeta épico de América.

Hay música y hay ciencia en el poema de Zorrilla. Hay música porque como tal suena al oído y llega al alma, y hay ciencia porque el gran cúmulo de datos científicos que contiene revela todo un antecedente de investigación minuciosa llevada a cabo por el autor, y porque es un magnífico estudio psicológico. Es la leyenda de una época, época en que se efectuó el choque histórico de dos razas. El autor, además, desarrolla su tema sin justificación ni defensa del indio ni del español, sino la narración en poesía épica de cómo una raza desaparece y es suplantada por otra —el proceso histórico—etnológico por que han pasado todas las tierras del mundo— pero contado todo en un poema de tales dimensiones, en versos de una musicalidad tan incomparable, que ocupará siempre "Tabaré" un sitio prominente en la literatura de la lengua.

Ya dijo un ilustre crítico español de la época que:

"Sin pretensión pedantesca, sino del modo propio de la poesía, hay y se agitan en el poema Tabaré grandes problemas de libre albedrío, predestinación, determinismo y vocación de las razas: psicología, teodicea y filosofía de la historia. Al leer el poema, se levanta el espíritu del lector a estas altas especulaciones." (Valera).

El poema de Zorrilla es, incuestionablemente, un trabajo de gran envergadura. Además de su vigorosa fuerza épica, contiene en su forma la sutileza y suavidad del romántico, y también incontables metáforas de extraordinaria audacia que, con su acertada diversificación en la métrica, sirven para mantener no sólo la robustez sino la armoniosidad del poema.

“En Tabaré, la más sencilla asonancia va enlazando los versos y exige muy poco esfuerzo del lector. Fue un acierto feliz. Pero la sencillez va acompañada de una rica variedad de matices musicales, que incluyen el empleo de un estribillo.” (P.H.Ureña).

Lo cierto es que, aunque Zorrilla fue catalogado como romántico, muy temprano ensayó formas originales suyas y, cuando publicó “Tabaré”, dos años antes de aparecer el “Azul” de Rubén Darío, ya poseía cualidades modernistas. En su poema, se asomó Zorrilla al modernismo dariano que ya se vislumbraba en el horizonte literario y fue, en realidad, un precursor de Darío.

Tabaré, por primera vez, impone el indianismo americano, y lo logra con los versos más lindos que se han escrito sobre dicho tema— versos que nadie ha podido igualar y tema que hasta entonces había sido sólo la tradición romántica del relato. “El poeta tenía el don del pathos, pericia narrativa y descriptiva, y una fertilidad en la creación de imágenes libre de la manida ornamentación de tantos de nuestros románticos. Tabaré es una de las obras más originales de nuestra literatura.” (P.H.Ureña).

La Introducción del poema comienza con una nota de perfecto romanticismo, con la promesa del poeta de que va a cantarnos una canción excelsa, cuando grita: “Dadme la lira, y vamos.” Nos hace sentir el tiempo de su canto cuando advierte que es la lira:

*Que silba en las tormentas
La de cantar, sentado entre las ruinas,*

Y nos deleita:

*Al desgranarse las potentes notas
De sus heridas cuerdas.*

Luego nos habla el poeta recogiendo las “voces extinguidas” de los indios muertos. Y qué generación joven, de los tiempos modernos en Hispano América, no ha escuchado y

recitado la exaltada invocación del poema:

*Vosotros, los que amáis los imposibles;
Los que vivís la vida de la idea;
Los que sabéis de ignotas muchedumbres
Que los espacios infinitos pueblan,
Y de esos seres que entran en las almas,
Y mensajes oscuros les revelan...*

Y quién no ha seguido al poeta:

*hasta saber de esas historias
Que el mar, y el cielo, y el dolor nos cuentan,
La triste historia de una raza muerta.*

Es la trágica historia de la raza charrúa que:

*Es la raza indomable,
que alentó en esta tierra.*

Y así comienza la historia del poema, con la llegada al río de la nave inmensa:

*Que, como garza enorme,
Flotaba entre la niebla.*

Y de cómo el cacique Caracé y sus indios guerreros:

*Al ver, sobre la arena,
Como descienden, de la extraña nave,
Los hombres blancos de la raza nueva,*

Los atacan con sus saetas:

*Y, los que no cayeron,
Huyen, despavoridos por las breñas,
Dejando sangre en la salvaje playa,
Y una mujer en la sangrienta arena.*

Y luego:

*Caracé, que a su lado se detiene,
Con avidez felina la contempla.*

Y concluye esa primera parte de la historia con el simbolismo metafórico del tema:

*Cayó la flor al río!
Los temblorosos círculos concéntricos
Balancearon los verdes camalotes,
Y en el silencio del juncal murieron.*

Y así concluye:

La flor ha muerto!

Pero quedó el pequeño Tabaré, y como herencia le deja la española madre sus azules ojos y el cristiano bautismo que improvisa con el agua del río americano. Y cuando la noche llega, duerme la madre blanca, para siempre, y duerme el indio huérfano —el indio de pupilas claras y alma incierta.

Y entonces comienza la elegía del charrúa Tabaré. Zorrilla nos presenta a Tabaré, no como víctima sino como símbolo: el eslabón transitorio, trágico pero fugaz, del contacto entre la raza vencida y la raza nueva. Siguiendo un movimiento literario, el autor lo superó inyectando a su indianismo un elemento cultural más bien que étnico. Lo trágico y fugaz es el episodio histórico del charrúa Tabaré, que aunque da una impresión de vaguedad, de sugerencias que quedan flotando en el poema, nos deja emocionadamente pensativos, nos revela un sueño poético.

Zorrilla logra ser desapasionadamente neutral, sin idealizar ni al indio ni al español. Su tema no es el indianismo de hoy, del indio de ahora, sino el indianismo histórico que nos cuenta de una cultura muerta:

*"De aquella raza que pasó, desnuda
Y errante, por mi tierra."*

Si la introducción del poema tiene un marcado sabor romántico, las descripciones del Libro Segundo y de los que siguen lo tienen de modernismo. Es el tema del hombre y la naturaleza de las cosas en el escenario salvaje de una tierra nueva, pero por encima de todo es la literatura psicológica del hombre como sujeto, y en esto también se adelantó Zorrilla a su tiempo. No hay nada becqueriano en las descripciones bélicas de los caciques muertos a quienes proclama:

*Héroes sin redención y sin historia,
Sin tumbas y sin lágrimas!
Estirpe lentamente sumergida
En la infinita soledad arcana!*

Ni tampoco en las descripciones de los indios vivos:

*Quedan indios aún para la muerte,
Que cautelosos por los bosques andan,
Cual rebaños de tigres, que, en el pueblo,
Siempre encendidas, las pupilas clavan.*

El uso de variados ritmos en las estrofas mantiene un elemento de cadencia y tono en el poema, un elemento de vivacidad. En vez de la monotonía que resultaría de una métrica uniforme, resulta una elegancia lírica típicamente modernista. Zorrilla lleva la lengua a su mayor perfección y refinamiento poético. Con el diálogo y el tema nos interpreta el poeta el alma del indio Tabaré. En la descripción física del charrúa se destacan los elementos del problema íntimo, de la angustia incomprensible:

*¡Extraño ser! ¿Qué raza da sus líneas
A ese organismo esbelto?
Hay en su cráneo hogar para la idea,
Hay espacio en su frente para el genio.*

*¿No hay en el fondo de esos ojos claros
Un ser oculto con los ojos negros?*

Así observan los españoles del fuerte al charrúa, distinto a sus compañeros, pues se destaca con sus ojos azules, su esbeltez, su palidez y su tristeza:

*Y en su azorado aspecto,
Hay algo misterioso.*

Algo misterioso que intriga a la joven española Blanca, hermana del jefe de la plaza, don Gonzalo. Al verla, el indio prisionero:

*clava en ella los azules ojos,
Cual poseído de un pavor intenso.*

*Parece interrogar algo invisible,
A sí mismo, a su sombra, a su recuerdo:*

Y es que han vuelto a su mente los recuerdos confusos de su madre muerta y cree por un momento que la blanca española es la misma que ha visto siempre en sus sueños y que le ha confortado en los peligros y le ha inspirado en sus plegarias. Pero se da cuenta de que es otra, y cuando se encuentran y se hablan, explota su secreto en un tropel de recuerdos:

*Era así como tú... blanca y hermosa;
Era así... como tú,*

*Hoy vive en tu mirada transparente,
Y en el espacio azul...*

*Era así como tú, la madre mía,
Blanca y hermosa... pero no eres tú!*

Y en seguida confiesa el tumulto de su terror interno:

*Yo, temiendo tu sombra,
Tiemblo y huyo de ti.*

El desenlace del encuentro es lo inevitable; libre Tabaré por orden de Gonzalo, no puede volver a lo que fuera antes:

*Ya una mujer, de la enemiga raza,
Es libertad para él, y cielo, y nubes,
Y hogar nativo, y selvas, y batallas!*

Y Tabaré:

*huye, como la fiera perseguida,
Y se interna en la selva solitaria...*

Tabaré va empujado por una fuerza irresistible hacia la tumba de su madre. Allí se desploma inerte y habla con ella. Mientras tanto, sucesos extraños turban el silencio de la noche al otro lado de la selva. Ha muerto el viejo cacique y en medio del "extraño funeral" se presenta el joven cacique Yamandú y reclama el mando haciendo gran alarde de sus proezas.

*Un murmullo de asombro se difunde
por aquella asamblea;
La tribu, fascinada y aturdida,
Nuevo cacique en el salvaje encuentra.*

*Yamandú enciende
los fuegos de la guerra!*

Y se revela el plan siniestro del salvaje, que era, durante la conmoción de un asalto al pueblo de los blancos, robarse la virgen española a quien una vez vio y, al verla, codició.

Los indios atacaron, Gonzalo y sus soldados corrieron a la defensa de sus casas y sus vidas, y Yamandú huye en la sombra:

*Miradlo: entre los brazos
Se lleva a la española:*

*Ella, que se retuerce,
Y forceja, y se ahoga,
En ese nudo de viviente hierro,*

*Lleva tan solo, de su lecho aún tibio,
Las desceñidas ropas.*

Lo que ya fue del espíritu moderno en la poesía, lo que no había sido antes posible, lo adoptó Zorrilla en Tabaré. Poetizó el lenguaje común, usó palabras simples en sus versos. Introdujo la originalidad de las palabras e ideas de uso familiar en su poesía, situándose ya con Darío y los otros precursores de la renovación modernista que transformó la poesía a fin de siglo. Pero volvamos al relato. Al pasar el asalto y enterarse el español del rapto de su hermana, pensó en seguida en Tabaré.

Gonzalo suplica en su dolor y ordena, en su rabia, que vayan todos con él al rescate de Blanca. Pero Yamandú se la ha llevado a lo más hondo de la selva, y allí al fin vuelve ella del letargo.

*Un hondo grito de terror y angustia
Blanca por fin exhala;*

*Con las negras pupilas luminosas
en lascivia empapadas,
Vio el rostro abigarrado del salvaje.*

El grito de la virgen se ha extinguido.

Pero allá en su sopor junto a la cruz solitaria lo ha oído Tabaré. Salta y corre. La dramática escena de los dos indios rabiosos peleando a muerte por la virgen blanca tiene una fuerza épico-poética extraordinaria. Y el pobre Tabaré, enamorado, estrangula al último enemigo de la raza blanca. Así termina la historia de la raza muerta. A poco terminará el relato del poema, del charrúa Tabaré. Hay páginas y páginas en el poema, en que Zorrilla describe con inusitada belleza el diálogo de amor, terror, y llanto entre Blanca y Tabaré. Comprende ella que él la amaba, y que ella también lo ama.

*La niña vio la luz en el abismo;
y alguien, que habló en su alma:*

*"Esa es, le dijo, tu soñada lumbre;
Pero ese abismo, sólo Dios lo salva."*

*Y, con Blanca en los brazos,
El indio no descansa;
Camina lento, sin cesar camina,
Dejando atrás las lomas solitarias.*

Muy pronto llegan al fin de la jornada. Allí espera Gonzalo lleno de desesperación endemoniada, y se desahoga imprecando al monje anciano.

*Sobre el callado anciano
Va a lanzarse frenético,
Pero los hombres de armas se interponen,*

Pero no se interponen cuando con "rabia y júbilo" se lanzó el hidalgo sobre el indio que llega y le atraviesa el pecho con su espada. Así tuvo que terminar el poema, el simbolismo trágico del soberbio hidalgo que puso fin al último vestigio del indio salvaje y que puso fin al amor imposible de la española blanca y tronchó con la muerte ese primer conato de unión de las dos razas.

*El indio oyó su nombre,
Al derrumbarse en el instante eterno.
Blanca, desde la tierra, lo llamaba;
Lo llamaba, por fin, pero de lejos...*

Y así del indio, de sus odios, de su amor y de su raza sólo quedan los ecos. ¿Y quién puede odiar ecos? Con su muerte cesaron ya los odios, y del bosque brotan cínicamente, trémulos y solemnes, los murmullos "de la oración del monje por los muertos."

JUAN JACOBO DE LARA: Profesor dominicano, nacido en La Vega, residente por largos años en el extranjero y compilador de las "Obras Completas de Pedro Henríquez Ureña", actualmente en prensa en la Editora UNPHU.